

NIETZSCHE Y EL DEVELAMIENTO DE LOS SOPORTES METAFÍSICOS

Resumen: La lectura genealógica de la filosofía que Nietzsche expone en su obra representa la crítica más rica (por las variantes que de ella surgieron) hecha a la tradición metafísica occidental. Las relaciones del ser y el lenguaje son revaloradas por el filósofo para dar cuenta de las mediaciones que rigen el origen del lenguaje mismo y su carácter metafórico, en contraposición a la pretendida equivalencia metafísica entre el lenguaje y el ser como relación incondicionada dirigida a la captación de la verdad.

Abstract: The genealogical interpretation of philosophy that Nietzsche reveals in his studies, represents the richest critic (for the possibilities that aroused from it) made to the occidental metaphysical tradition. The relations between the being and the language are reviewed by the philosopher to express the mediations that rule the language origin and its metaphorical character, against the metaphysical equality between language and being, as immediate relation guided to the caption of truth.

*¿Te acuerdas aún, te acuerdas, corazón ardiente,
de cómo entonces tenías sed?
Abrazado por la sed de una sola verdad.
¡Que sea yo desterrado de toda verdad!
¡Sólo un loco! ¡Sólo un poeta!*

Nietzsche, AHZ, IV, El canto de la melancolía, 3

INTRODUCCIÓN

El puesto de Nietzsche en la historia de la filosofía no puede ser considerado como un eslabón más dentro de los muchos que conjuntamente conforman la llamada tradición occidental filosófica. Dos razones aclaran esta afirmación: el carácter atípico que este filósofo revela, en contraposición a lo más representativo de la tradición metafísica, y por otro lado, la disolución misma de lo que la llamada tradición filosófica puede ofrecer, esto es, la crítica a las estructuras que soportaban un enorme legado desde el cual se pretendía encontrar fundamentos substanciales absolutos.

En la primera aclaración se encuentran inmersos los rasgos que hacen ver a Nietzsche como un filósofo revolucionario cuyas ideas y estilo conjuntamente se contraponen a la escisión que hasta su momento se venía presentando entre forma y contenido¹. En la segunda, fundamentalmente unida a la primera, las críticas de este filósofo minan de manera radical los supuestos sobre los cuales la filosofía se había edificado.

Nietzsche no es un filósofo más, no es el mentor de uno de los tantos *ismos*. Precisamente el puesto que ocupa lo excluye de toda inmersión dentro de la tradición metafísica a pesar de las recaídas que haya podido tener en ésta. Su antagonismo con la metafísica ha trascendido más que los posibles vínculos entre su filosofía y los modelos legados por la especulación precedente.

ALFREDO
ANDRÉS ABAD
alfredoabad@hotmail.com
Universidad
Tecnológica de
Pereira

¹ Tradicionalmente se había considerado que la forma, esto es, la manera en que se articulaban los conceptos en una exposición filosófica, nada tenía que ver con el contenido o pensamiento propiamente dicho de un determinado autor. En otras palabras, según tal concepción, las ideas no se veían afectadas por la manera en que se exponían ni por los recursos literarios usados en la exposición de las mismas.



² La metafísica asumía una identidad entre el valor y el significado, es decir, una absolutización del lenguaje según la cual éste podía ofrecer una denominación representativa de los valores totalmente incondicionada. Nietzsche descubre el carácter metafórico del lenguaje, la incapacidad que éste tiene para definiciones puras, puesto que su utilización está condicionada por las valoraciones; no hay, pues, identidad sino subordinación del lenguaje al valor creado por las tendencias ocultas del hombre.

Si se pudiese enmarcar a Nietzsche dentro de una tradición, no podría ser de otra manera que la de reconocer en él una especie de interregno filosófico. Su marcada diferencia con la metafísica implica un vacío, un decir no a sus presupuestos y, por ende, un rumbo carente de norte, un camino truncado cuyas alternativas, si se hacían a partir de los mismos métodos, no iban a alcanzar grandes logros. Es por eso que a raíz de esta ruptura con la metafísica, en la cual ésta se vio privada de rumbo definido, se dio pie para que se presentase una desviación, un replanteamiento de las ideas y de los métodos, de los supuestos (si es que es posible encontrar validez en los mismos después de Nietzsche) y de los léxicos con los que se filosofa. Nietzsche es, pues, un reformador más que un ideólogo que haya impuesto, como ya se señaló, un *ismo*; su importancia en la filosofía contemporánea estriba más en la utilización o seguimiento de las pautas que sus críticas fomentaron, que en las ideas o conceptos que a partir de sus textos se pueden extraer. Por eso más que una respuesta, la filosofía de Nietzsche se presenta como un derrotero desde el cual el interrogante siempre irrumpe. “Maestro de la sospecha”, Nietzsche escudriña la genealogía que se oculta detrás de nuestras valoraciones, cuestiona lo que hasta su momento nadie había cuestionado, interpreta como accidental lo que era considerado substancial, excluye radicalmente las estructuras metodológicas e idearios “*ísmicos*” que la metafísica, con sus pretensiones universalistas, había conservado durante muchos siglos de preponderancia.

NIETZSCHE Y EL DEVELAMIENTO DE LOS SOPORTES METAFÍSICOS

El que Nietzsche haya tomado distancia de la tradición metafísica obedece a instancias no filosóficas, sino psicológicas. Su crítica a la especulación filosófica tradicional se funda en el hecho de descubrir las motivaciones internas que operan dentro o, mejor, por debajo del pensamiento de cada filósofo, develando así el origen mediato de las concepciones y las valoraciones a las cuales se les ha asignado una denominación absoluta. Se trata, pues, del desenmascaramiento de una tradición que sostuvo incólume durante muchos siglos el estandarte de la Verdad a partir del supuesto de la pureza de la denominación y denotación del Ser. Contrario a esto Nietzsche enfatiza el carácter connotativo del lenguaje, en los vínculos existentes entre las valoraciones y las nominaciones²; en últimas, en la condición mediatizada del pensamiento a partir del lenguaje, que es en realidad un elemento no de denominación, sino de sugerencia, de indicación de un determinado móvil que permanece “oculto”, pero siempre presente en cada una de nuestras valoraciones.

La ruptura con la metafísica obedece en nuestro autor al develamiento de los supuestos en que estaba fundada. No es, pues, una crítica como las tantas que ha ofrecido la historia de la filosofía, las cuales se centran en unos antagonismos entre consideraciones valorativas sin ir más allá de los móviles que realmente se ocultaban detrás de la irrupción de esos mismos valores, ya fuesen éticos o metafísicos.

Antes de abordar esa genealogía de los valores expuesta magistralmente por Nietzsche, hemos de aclarar la unidad que caracteriza a toda metafísica y exponer así el rasgo común que ella tiene a pesar de los diferentes sistemas que han surgido.

Desde Platón hasta Hegel la filosofía no es más que un cúmulo de consideraciones valorativas con pretensiones universalistas. Es preciso hacer aquí una salvedad y tener en cuenta las varias manifestaciones contextualistas que la filosofía occidental ha



presentado; sin embargo, nuestro objeto en cuestión, la metafísica, ha sido el punto de referencia de toda la filosofía -casi que se identifica plenamente con ésta- y es por ello que la crítica nietzscheana se centra radicalmente en los ataques contra el universalismo metafísico³.

Esa extraña y, gracias a Nietzsche, sospechosa pregunta por el ser de las cosas lleva implícita⁴ una respuesta que satisface la necesidad inherente a la misma. Desde las preguntas socráticas por las esencias o universales de aspectos diversos, la filosofía ha pretendido encontrar definiciones definitivas que capturen una especie de realidad imaginaria. Imaginaria porque el Ser no es más que la huida del hombre hacia una presencia inmutable que la realidad de la *physis* jamás expone. Gracias a esta huida la filosofía continuó por las rutas que el Ser le asignaba; la filosofía se convirtió desde Platón en metafísica, en búsqueda de conceptos ahistóricos, en universalismo frenético. “La falta de sentido histórico es el pecado original de los filósofos” (Nietzsche, HdH I, Primera parte, §2), nos dice Nietzsche al poner en consideración la referencia contextual de que parte toda filosofía. El error metafísico por excelencia ha sido algo así como una ambición inductiva, esto es, la generalización y constitución de algo inmutable a partir de elementos dados en el devenir y en el cambio. Esto inmutable logra ser capturado por el filósofo y él, ingenuamente, lo pone como paradigma eterno. El papel de la filosofía histórica no es el de considerar los hechos históricos para una estructuración del ser, sino el de contextualizar las valoraciones a partir de instancias concretas opuestas a representaciones substanciales del ser con carácter ahistórico⁵. Por ello Vermaal afirma que la filosofía histórica “equivale a una concepción de lo real que parta de lo histórico y no de una existencia asumida con carácter sustancial” (Vermaal, 1987, Pág. 49). De aquí se entiende el papel de esta filosofía como el de una oposición radical contra la metafísica, pues el propósito de aquella es precisamente el opuesto al de ésta: la interpretación o el develamiento de los móviles circunstanciales que operan detrás de una determinada concepción, presente como proyección histórica, y no la denominación intransferible o pura de un valor que no es proyección, sino expresión de sí mismo, capturado por el lenguaje en una suerte de ingenuidad propia del pensar universalista de la metafísica.

Esta concepción histórica de la filosofía es ya un claro ejemplo de la diferencia evidenciada en Nietzsche respecto a la filosofía precedente, cuyo propósito establecía un encuentro con una verdad de índole ahistórica. La ruptura con esta manera de hacer filosofía tiene su origen en el propósito nietzscheano de remontarse a las fuentes de cada una de nuestras valoraciones. Esta vuelta atrás, cuya originalidad es el carácter más representativo de Nietzsche, no explicita tan sólo un interés por la revisión de un pasado que ha quedado atrás, sino que es el desenmascaramiento de las ideas, creencias o valores del presente por medio de una genealogía que da las pautas para una filosofía histórica en tanto se abandonan, por ilegítimas, las posturas metafísicas que creían poseer una serie de valoraciones no mediatas y absolutas.

LA GENEALOGÍA DE NIETZSCHE

Líneas atrás mencionábamos los aspectos críticos que en la metafísica se habían presentado como simples posturas antagónicas cuya única referencia crítica era la de suplantarse unos valores por otros merced a unas argumentaciones que se consideraban válidas y, desde su perspectiva, perennes. Consideremos ahora el hecho de que tanto

³ Eso no quiere decir que Nietzsche no tenga en cuenta o deslegitime toda la filosofía precedente como si no se encontrasen en ella varias consideraciones no universalistas. La crítica nietzscheana se funda en que el universalismo de la metafísica ha calado tanto en la filosofía precedente, que se le puede considerar como algo inherente a ésta, como algo inscrito naturalmente, llegando a formarse una unidad entre filosofía y metafísica.

⁴ Implícita, puesto que el hecho de preguntar por el ser deslegitima toda consideración contextual y condiciona la respuesta hacia una “perspectiva” universalista. El que Sócrates preguntase por la esencia de la virtud, p.e., rechazaba ya de plano toda interpretación de la misma y allanaba el camino para una definición. Así, el carácter retórico del lenguaje quedaba oculto tras la ilusión universalista de las denominaciones.

⁵ Nietzsche mismo nos dice al respecto: “[...] todo lo que el filósofo enuncia respecto del hombre, es un testimonio acerca del hombre mismo en relación a un espacio de tiempo muy limitado.” (Nietzsche, HdH I, Primera parte, §2) De ahí la crítica nietzscheana frente a una concepción ahistórica que juzgue el hombre evadiendo el contexto y representándole como una “[...]oeterné veritas, como elemento fijo en todas las variantes, como medida cierta de las cosas” (Nietzsche, *ibid.*)



los empiristas como Kant habían expuesto cada uno por aparte unas críticas a la metafísica. Sin embargo, en el primer caso la psicología, o mejor, el psicologismo del empirismo a través de la confrontación de las impresiones sensibles con las ideas metafísicas, no produjo una desestructuración tajante de la metafísica; y en el segundo caso Kant criticó los excesos epistemológicos de la razón, pero tampoco fue suficiente como para derrumbar por completo los supuestos de la metafísica, puesto que continuó enmarcado en la tradición filosófica que nunca puso en cuestión la supuesta autonomía del sujeto y promulgó sus apreciaciones desde la creencia en una racionalidad trascendental libre de mediaciones. ¿Cuál es entonces el factor que hace de Nietzsche un crítico diferente, superador de las limitaciones de la crítica anterior? La respuesta la da el propio Nietzsche cuando afirma: “La psicología entera ha estado pendiente hasta ahora de prejuicios y temores morales: no ha osado descender a la profundidad” (Nietzsche, MBM §23) y en el mismo párrafo, “a partir de ahora vuelve a ser la psicología el camino a los problemas fundamentales”. ¿Qué tiene que ver la psicología con la crítica a la metafísica? Ante todo la psicología que Nietzsche propugna, busca derribar los prejuicios morales que han hecho construir el edificio metafísico y es aquí donde Nietzsche se revela como crítico de la racionalidad, del sujeto, de lo que nunca antes había sido puesto en cuestión. A partir de la psicología es como nos podemos dar cuenta de las tendencias o móviles que se esconden detrás de los supuestos valores incondicionados. Lo que la psicología otorga es el develamiento de los intereses y los deseos que se encuentran presentes en el hombre y que condicionan por completo la formulación de nuestras ideas. “Tenemos que contar entre las actividades instintivas la parte más grande del pensar conciente” (Nietzsche, MBM §3). Esta afirmación destruye por completo la posición metafísica de un pensamiento puro, libre de toda influencia, inmediato, tal y como era concebido por toda la tradición metafísica y por el cual se construyeron sistemas de pensamiento con pretensiones de validez universal. La pretensión metafísica de edificar una estructura filosófica a partir de un terreno llano, claro, esto es, libre de prejuicios como un pensamiento puro, se ve obstaculizada o, mejor, revelada por la afirmación nietzscheana según la cual la conciencia tiene como guía a los instintos.

Lo que se ha venido abajo a partir de Nietzsche es el privilegio del sujeto, la posición incondicionada que él ostentaba y, por ende, su supuesta autonomía y libre autodeterminación. “No hay que preguntar ¿qué es?, sino más bien ¿a qué desplazamientos del deseo, a qué economía, corresponde esa voluntad de verdad idénticamente repetida (con algunas variantes) en el idealismo?” (Rey, 1982, Pág. 444). Expuesta así la genealogía nietzscheana, según la cual el ser “capturado” por la metafísica es el ser condicionado por nuestras tendencias, comprendemos mejor cómo la metafísica siempre tuvo presente la validez incondicionada de un sentido que deviene, a partir de la genealogía, en una representación valorativa totalmente mediada.

Ejemplo de la racionalidad pura de la metafísica es precisamente la logicidad que ha permeado toda la tradición filosófica. La lógica fue siempre considerada como el reflejo de la pureza de la racionalidad; la aceptación de los dualismos lógicos no fue nunca puesta en cuestión y sólo Nietzsche, a través de su genealogía, muestra otra faceta de la lógica: no como expresión del pensamiento puro, sino como necesidad que las tendencias o los instintos del hombre crean.



¿Qué queda entonces de la lógica?, ¿qué rasgos encontramos en las particiones ambivalentes que la constituyen? “La falsedad de un juicio no es para nosotros ya una objeción contra él [...] la cuestión está en saber hasta qué punto ese juicio favorece la vida, conserva la vida [...] el hombre no podría vivir si no admitiese las ficciones lógicas, si no midiese la realidad con el metro del mundo puramente inventado de lo incondicionado” (Nietzsche, MBM §4). El reconocimiento de la necesidad de los juicios falsos como elementos que hacen posible cierto equilibrio dentro de la vida, hace ver a Nietzsche como el iniciador de una filosofía que se ha caracterizado por posicionarse *más allá del bien y del mal*, esto es, no inscrita dentro de los lineamientos que la metafísica había trazado. Obviamente la lógica es un valor, pero a partir de Nietzsche pierde la legitimidad que la hacía ver como un valor incondicionado. La lógica no es una condición natural, sino una invención necesaria que el hombre crea para su desenvolvimiento en el mundo. Esta ruptura con la tradición no niega la bipolaridad que en la lógica se expresa; lo que expone es que el origen de tal partición obedece a necesidades instintivas y es aquí donde se encuentra la negación de los valores que otorgaban preponderancia a uno de los polos de la lógica, en el cual (el bien, la verdad, lo determinado) quedaban inscritos. Por ello, a partir de esta negación la ambivalencia lógica de la metafísica queda reducida a una ficción creada por las exigencias instintivas del hombre. “El mundo nos aparece lógico porque primero lo hemos logificado” (Citado por Vermal, 1987, 162 [KSA 12, 417]), nos dice Nietzsche, alertándonos de las condiciones primeras en que surgen los valores tenidos por absolutos, como el principio de contradicción, del cual se puede decir que no tiene que ver con ninguna verdad, sino que es “un imperativo acerca de aquello que debe valer como verdadero” (Ibid. [KSA 12, 389]). Lo que Nietzsche desmonta es la creencia en una verdad absoluta y, por ende, la contraposición entre verdad y error. Para el autor esta contraposición surge del error de considerar una verdad, esto es, un Ser que puede ser capturado por un concepto. Este error, que no es más que una creencia en la posibilidad de dicha aprehensión de un Ser, es, claro está, una valoración subjetiva que luego se aprecia como condición natural objetiva.

EL LENGUAJE: METÁFORA Y NO CONCEPTO

Producto de la genealogía nietzscheana, el lenguaje se revela como un proceso connotativo en el cual se superan las limitaciones conceptuales que operaban dentro de la rigidez metafísica. Dicha superación no es algo sencillo. El lenguaje es el hogar del hombre y una tradición filosófica en la cual el lenguaje se ha vuelto metafísico no es fácil de dejar atrás. ¿De dónde surge ese lenguaje metafísico, conceptual, a través del cual se ha movido gran parte de la tradición filosófica? La genealogía nos da una clave, ella revela su origen. “De nuevo les hemos retirado a las cosas sus predicados, o, al menos, nos hemos acordado de que sólo se los habíamos prestado: cuidemos de que esa convicción no nos haga perder la facultad de prestar, y pongámonos en guardia para no volvernos, a la vez, más ricos y más avaros” (Nietzsche, *A* §210) Ésta es una advertencia que Nietzsche expone, por la cual nos damos cuenta de que el lenguaje está impregnado de consideraciones valorativas que no son absolutas. El lenguaje es un proceso acumulativo de metáforas y sentidos diversos, es un “juego de intercambios y de transferencias, de sustituciones y de refundiciones” (Rey, 1982, Pág. 450). El lenguaje conceptual, producto de una seducción del Ser que parte de la



⁶ Sujeto lingüístico, lógico, moral, religioso se toman como unidad cuando sólo representan unas funciones diversas que se toman como expresiones de un mismo sujeto unificado.

escuela eleática, cree erradamente en la nominación de las cosas como algo perenne, irreductible, no sujeto a interpretaciones o transferencias valorativas que subyacen, bajo la mirada nietzscheana, al interior de los procesos lingüísticos.

El hechizo del Ser, embrujo de toda la metafísica, es un corrolato de la pretendida unidad del sujeto; dicha unidad es, de cualquier forma, una construcción del pensamiento, no es algo inherente y substancial, sino una creación artificial, producto de la asimilación de varias funciones distintas que se toman como unidad del sujeto⁶. “La ilusoria unidad del sujeto es lo que da lugar a todas las unidades sustanciales que están en juego en los modelos propuestos por una gramática de sujeto y predicado” (Vermal, 1987, Pág. 178). La pretendida unidad del sujeto es el soporte de la concepción del Ser, por ello Nietzsche afirma al hablar del hombre: “[...]el concepto de ser lo extrajo del concepto de yo, puso las “cosas” como existentes guiándose por su propia imagen, por su concepto del yo como causa” (Nietzsche, CI, Los cuatro grandes errores, §3, Pág. 64) y “un pensamiento viene cuando ‘él’ quiere, y no cuando ‘yo’ quiero; de modo que es un falseamiento de los hechos decir: el sujeto ‘yo’ es la condición del predicado ‘pienso’” (Nietzsche, MBM §17). Esta destrucción del sujeto es, como ya se señaló, la destrucción de toda substancialidad; el Ser es una proyección que al provenir de una ilusión (el sujeto) pierde también su legitimidad y queda convertido en una ficción.

De igual manera, así como el Ser es un producto o reflejo de la unidad del sujeto, el lenguaje conceptual es el reflejo de la creencia en el Ser. El Ser es una metáfora, una proyección de la identidad del sujeto; y ese Ser, según las creencias metafísicas, podía ser asimilado o recepcionado por el lenguaje de tal forma que éste pudiera expresarlo. El lenguaje conceptual, en nombre de una supuesta identidad entre el Ser y la nominación, fue considerado entonces como una verdad incondicionada. Las definiciones metafísicas creían capturar un Ser que, ya hemos visto, se revela como una ficción; “sólo se define lo que no tiene historia» (Nietzsche, GM II §13). Obviamente, Nietzsche expone implícitamente la imposibilidad de las definiciones conceptuales, puesto que el devenir histórico como expresión de la realidad, no permite ser aprehendido en una definición única como sí lo “fue” en las pretensiones metafísicas de alcanzar un significado o definición pura.

La revelación del carácter metafórico del lenguaje, como oposición a la pretendida captación del Ser por el lenguaje nominativo y conceptual, es el resultado de la genealogía que Nietzsche aplica a las palabras y por la cual se evidencia el carácter sintomático de las mismas, esto es, el conjunto de proyecciones históricas que se enmarcan en las palabras. En la *Genealogía de la Moral* (II, 13) Nietzsche expone esta idea a través de la presentación de una palabra: “castigo”. En el párrafo aludido se trae a colación una diversa gama de interpretaciones del castigo; con respecto a la finalidad del mismo, puede ser tomado en consideración de muchas maneras y los resultados de cada una de ellas difieren ostensiblemente. Las implicaciones que derivan de estos resultados muestran una clara visión del lenguaje como algo distinto a una nominación absoluta y definitiva. La imposibilidad de un significado puro, como aprehensión de un Ser, es una manifiesta condición del lenguaje que se revela en cada una de las proyecciones valorativas cristalizadas en una misma palabra. Castigo, p.e., “signa” un proceso histórico, asume una red de transferencias valorativas (sentidos diversos), revela un devenir dado en la historia, y es por ello que la metáfora, como proyección de una serie de consideraciones sintomáticas, deseos y demás instancias



⁷ En el devenir se presentan los múltiples sentidos y significaciones que a una palabra se le puede otorgar.

dadas en el hombre, como irrupción de ciertos valores, representa la contradicción a la postura metafísica que hacía del lenguaje un objeto incondicionado y una manifestación de una significación intemporal. El lenguaje metafórico es una proyección de contextos, de interpretaciones, de valoraciones cambiantes que permean las palabras y las hacen cargar con las apreciaciones asignadas a aquéllas. De allí la dificultad de depurar una palabra, pues su neutralidad es casi imposible de demostrar, debido a la carga interpretativa que soporta.

Embrujado por el Ser, Sócrates pedía definiciones que capturasen la esencia de ciertas cosas, instigaba a los interlocutores para que le entregaran una definición que diera por concluida la búsqueda de lo que las cosas son. En muchos de los diálogos platónicos (al menos en los que se intenta resolver el problema de los universales) los interlocutores ofrecen diversas perspectivas de significación a una misma palabra. Sócrates, en busca del concepto, afirmaba: “Gran fortuna es la mía, Menón, porque cuando sólo voy en busca de una sola virtud, me encuentro con todo un enjambre de ellas” (Platón, *Menón*, 72a5). Aquí se nos revela precisamente, en la incapacidad para la definición última, el carácter de transferencias e intercambios significativos que el lenguaje posee y que hacen imposible la adquisición de un significado-ser; por ello el carácter metafórico sustitutivo del lenguaje, en el que se pueden apreciar los desarrollos históricos y valorativos, se presenta como el auténtico proceso por medio del cual los significados abandonan el primado del Ser y se incluyen en el devenir⁷.

El devenir es el límite del lenguaje: éste es el descubrimiento que la genealogía de Nietzsche nos ofrece. El lenguaje metafísico, producto del embrujo del Ser, es asumido por el autor como uno de los tantos prejuicios sobre los que se ha construido la sistemática occidental. El concepto de Ser es la causa de la búsqueda del lenguaje conceptual, el origen del mayor prejuicio metafísico; por eso decíamos que el devenir se presenta como el límite del lenguaje. El decurso significativo es la expresión de la imposibilidad de definición pura y última, y es por ello límite.

El soporte de la metafísica ha sido el prejuicio lingüístico de considerar a la palabra como representante de un valor incondicionado que proviene del Ser de las cosas. No es otra la razón por la que toda la metafísica, a pesar de los diversos sistemas que la conforman, está ligada por medio de estructuras lingüísticas que ha adoptado. “El asombroso parecido de familia de todo filosofar indio, griego, alemán, se explica con bastante sencillez. Justo allí donde existe un parentesco lingüístico resulta imposible en absoluto evitar que, en virtud de la común filosofía de la gramática –quiero decir, en virtud del dominio y la dirección inconscientes ejercidos por funciones gramaticales idénticas-, todo se halle predispuesto de antemano para un desarrollo y sucesión homogéneos de los sistemas filosóficos” (Nietzsche, MBM §20). Por muchas que sean las expresiones filosóficas de la metafísica, todas ellas convergen en el nivel substancial ejercido por una gramática del Ser. La búsqueda metafísica de la verdad obedece a la creencia de que la verdad es siempre anterior a su formulación. Esa búsqueda es un círculo vicioso; se busca lo que se ha inventado, lo que es ficción. De allí que nunca la metafísica pudo contentarse con las apreciaciones que iban surgiendo y siempre continuaba buscando la verdad. Ésta es ficción, proyección metafórica de un Ser que se presentaba como una inscripción originaria, inscripción que no tiene ninguna referencia histórica, pero que continuaba presente gracias al ‘imperativo del Ser’ que permeó toda la tradición metafísica.



⁸La cita de Nietzsche es extraída de la *Voluntad de Poder* § 256: "Entiendo por moral un sistema de estimaciones de valor, que linda con las condiciones de vida de un ser". Lenguaje, ética y ontología están ligados por el valor incondicionado que les fue asignado por la metafísica.

⁹Hasta el extremo de considerar como no filosofía o simplemente literatura toda escritura que usase recursos no conceptuales. Las figuras literarias fueron expulsadas de la filosofía y si se usaban era para cumplir un papel de clarificación de los conceptos, de ascensión a la verdad.

La creencia en la adquisición de los conceptos como proyecciones del Ser es, así mismo, la creencia en valores eternos, morales, religiosos (en una palabra, metafísicos); los conceptos verdaderos eran una necesidad de la metafísica por apropiarse de los valores en que creía. Si comprendemos la asimilación de la moral como todas aquellas estimaciones valorativas⁸, entonces tenemos la clave para entender por qué Nietzsche afirmaba que la moral fue algo así como la *Circe de los filósofos*, la trampa en que caían todos a partir de las valoraciones en que creían y por las cuales siempre tuvieron como correlato de las mismas la creencia en el valor incondicionado del lenguaje conceptual.

LAS IMPLICACIONES DEL LENGUAJE CONCEPTUAL Y EL METAFÓRICO

Hemos visto cómo la metafísica utilizó el lenguaje conceptual para captar el Ser. Toda la filosofía precedente a Nietzsche, con pocas excepciones, intentó asir la ficción del ser a través de un lenguaje nominativo cuyo carácter metafórico fue siempre ignorado. El mismo lenguaje conceptual era una metáfora, una proyección de la creencia en el ser; pero gracias a esa creencia la metafísica nunca pudo capturar la esencia metafórica del lenguaje y creyó siempre en la pureza de los conceptos, en la identidad del significado con el valor-ser de las cosas. Por ello la metafísica huyó siempre de las metáforas y el lenguaje demostrativo, cuya meta era la captación del Ser, permeó toda la escritura filosófica precedente a Nietzsche⁹. El vínculo dado entre forma y contenido queda así expuesto en la metafísica; poco puede ofrecer una metáfora o cualquier figura retórica en la pretensión de capturar lo real, el Ser. Por el contrario, una filosofía como la de Nietzsche, que se da cuenta de la esencia metafórica del lenguaje, deja a un lado el concepto y realza cada una de las figuras literarias que a través del lenguaje se pueden exponer.

Forma y contenido se unen también en Nietzsche, aunque obviamente con las diferencias necesarias que contradicen el lenguaje conceptual. El origen del lenguaje no tiene nada que ver con el ser de las cosas o con una verdad expresada por él; el lenguaje es la proyección de una fuerza inherente al hombre, es producto de un instinto, de una fuerza inconsciente que es una fuerza artística (Cfr. Nietzsche, *SOI*, Vol.V. p. 425). Como metáfora, el lenguaje se ocupa así de representar, no el ser de las cosas, sino las impresiones subjetivas que se ven reflejadas en los diversos sentidos implícitos en las palabras. La palabra no es aprehensión de una cosa sino de una excitación, hay una mediación entre el lenguaje y las cosas, una ruptura. El lenguaje connota, sugiere, muestra la excitación que se presenta frente a las cosas, no a las cosas mismas. El lenguaje es señal, es una transposición de un sentido a las cosas, por eso es metáfora.

Si ésta es la concepción nietzscheana del lenguaje, es comprensible el estilo adoptado por el autor para la configuración de su pensamiento. Si el lenguaje conceptual 'capta' un ser que se revela como nada a partir de la crítica expuesta, entonces el lenguaje a utilizar va a ser la reivindicación de aquellas figuras retóricas expulsadas de la metafísica. De ahí las reiteradas alusiones míticas, las expresiones poéticas, las alegorías frecuentes en la obra de Nietzsche. La crítica a la moral como posesión de valores incondicionados que el hombre sigue, así como su negación y superación a partir de un accionar de los espíritus libres, tiene su analogía, para dar sólo un ejemplo, en el discurso de Zarathustra llamado las Tres Transformaciones: el



espíritu se transforma de Camello a León y de éste a Niño (Cfr. Nietzsche, AHZ, I, Las tres transformaciones); tres alegorías que expresan el paso de valores incondicionados a su negación y de ésta a la potencialidad creadora, a la afirmación propia de una voluntad no subordinada a ideales. Esta clase de metáforas están presentes en la obra de Nietzsche como recursos argumentativos que explicitan el carácter mimético del lenguaje. A través de ellas nos podemos percatar de la captación de sentidos, de la difusión significativa, de la expresividad fluctuante que impregna al lenguaje; en este caso, el de Nietzsche.

¿Qué decir del estilo ditirámbico usado por Nietzsche? Transposiciones constantes recorren el lirismo nietzscheano. En el canto *Sólo bufón, sólo poeta!* nos dice: “[...] hostil a tales estatuas de virtud, más aquerenciado en cualquier desierto que en templos” (Nietzsche, DD, Pág. 37) y “un pretendiente de la verdad - ¿tú? Así se mofaban. ¡no! Sólo un poeta, un animal, artero, rapaz, furtivo” (Ibid.) Nietzsche es sólo un poeta, una voz que niega la verdad, una apática figura en contra de los valores incondicionados, más propenso a vivir en la incertidumbre y las dificultades del desierto que en la seguridad de los templos. Metáforas, éxtasis poéticos irrumpen en los cantos ditirámbicos, representaciones que señalaban la manera en que Nietzsche, contradictor de la metafísica, convertido en águila, en pantera, recorriendo las selvas, los desiertos, había descendido de la luz de la verdad, a la noche, a las sombras, se había auto- desterrado de toda verdad.

CONCLUSIONES

La forma y el contenido, unidos en el lirismo de Nietzsche, expresan el sentido metafórico del lenguaje. La metafísica, a partir de las críticas del autor, deja revelar los supuestos sobre los que estaba fundamentada y sucumbe ante el descubrimiento de la mediación que el lenguaje posee, mediación que lo aleja de toda consideración que vea en él un instrumento depurado y limpio para la aprehensión del ser. Este último concepto, cuya contingencia se precisa ampliamente en la obra de Nietzsche, se presenta como el filón de donde toda metafísica extrajo la continua y cíclica búsqueda de la verdad. Pero a partir de Nietzsche la verdad se diluye, el ser se torna en devenir, el lenguaje es expresión sintomática y no adecuación de las palabras a las cosas. De esto se infiere la importancia que el autor tiene en toda la filosofía post-metafísica, pues las críticas hechas a la metafísica nunca habían mostrado un matiz tan radical como el que Nietzsche expone en sus escritos.

BIBLIOGRAFÍA

Cruz Vélez, D. (1987) “El Puesto de Nietzsche en la Historia de la Filosofía”. En: *Nietzsche*, F.C.E. México.

Nietzsche, F. [A] (1974) *Aurora*. Editorial Bedout, Medellín.

_____. [CI] (1973) *El Crepúsculo de los Ídolos*. Alianza Editorial, Madrid.

_____. [DD] (1995) *Ditirambos de Dionisos*. El Ancora, Editores Bogotá.

_____. [HdH] (1975) *Humano Demasiado Humano*. Editorial Bedout, Medellín.

_____. [GM] (1972) *Genealogía de la Moral*. Alianza Editorial, Madrid.

_____. [MBM] (1985) *Más allá del bien y del mal*. Alianza Editorial, Madrid.



_____. [SOI] (1967). "Sobre el origen del idioma", en: *Obras Completas*, Aguilar, Buenos Aires, Volumen V.

Platón. (1975). "Menón o de la virtud". En: *Diálogos*, Editorial Bedout, Medellín.

Rey, J. M. (1982). "La genealogía nietzscheana". En: *Historia de la filosofía, Ideas, doctrinas*, Espasa-Calpe, Madrid, Tomo III.

Vermal, J. L. (1987). "La Crítica de la Metafísica". En: *Nietzsche*. Anthropos, Barcelona.